

Publicados por primera vez íntegramente y en edición crítica, estos **'Diarios de Berlín'** sacan a la luz el periodo correspondiente a los últimos días del diplomático chileno en España y su traslado a Alemania, donde fue testigo del inicio de la Segunda Guerra Mundial

## *Morla Lynch, nuestro hombre en Berlín*

por Andrés Trapiello

La publicación en 2008 de *España sufre* (los diarios inéditos del diplomático chileno Carlos Morla Lynch) dio un vuelco en los estudios de la Guerra Civil, tal y como ya había sucedido con los libros de Chaves Nogales y Clara Campoamor y sucedería al poco tiempo con *Celia en la revolución* de Elena Fortún, todos ellos publicados por Abelardo Linares en Renacimiento. A estos se suman ahora los *Diarios de Berlín (1939-1940)*, también inéditos, y para mí tan importantes como los anteriores.

Resumamos la historia para quienes no la conocen. Morla Lynch, proustiano, gran melómano, amigo y confidente de García Lorca (publicó también un diario íntimo de su amistad con el poeta), era en 1936 encargado de Negocios de la Embajada de Chile.

En cuanto cayeron las primeras bombas sobre Madrid, el embajador, Núñez Morgado, un franquista pregonado, salió huyendo y Pablo Neruda, cónsul general de Chile, no quiso dejar en mal lugar a su colega y también salió corriendo, puño en alto. Morla se quedó, pues, solo al frente de la legación chilena, que tuvo que abrir nuevas sedes en la capital: a lo largo de tres años acogió a más de dos mil refugiados. Fue su Oskar Schindler: sin su ayuda, la mayoría de ellos habrían acabado en la checa, en el «paseo». Aunque vivieron ese tiempo bajo la amenaza diaria de ser asaltados por milicianos anarquistas y comunistas, aquello pasó, y al tiempo que entraban los nacionales en Madrid y salían los últimos franquistas de su Embajada, Morla asiló en ella a dieciséis comunistas. Del testimonio de esa peripecia, uno de los grandes documentos de la guerra, supongo que Sánchez y los responsables de su Memoria Democrática todavía no se han enterado (con la ayuda de buena parte de la Universidad española, claro).

Terminada la guerra civil, volvió Núñez Morgado a Madrid a presumir de lo que había hecho por Franco Chile –entiéndase, Morla– y a quitarle de en medio buscándole a toda prisa otro destino. En París, donde estuvo unas semanas, Morla se encontró con Neruda, y este le amenazó con arruinarle la carrera diplomá-

tica como se le ocurriera contar a nadie su gallarda figura saltando a la torera el rompeolas de todas las Españas. En fin, que la posteridad premió los trabajos de Morla con una placa a Núñez Morgado en la entrada de carruajes de la calle del Prado, 26, y los de Neruda, con el Nobel (se lo tenía merecido).

Tras el descanso parisino para reponer fuerzas de la tremenda experiencia madrileña (había adelgazado treinta kilos, los que engordó Alberti en esos tres años, según Morla), el Gobierno chileno, a la sazón del Frente Popular, se lo quitó también de encima enviándolo a Berlín. Como el día de la marmota, pero en diplomático. Y aquí empiezan estos fascinantes diarios berlineses. España sigue, no obstante, presente en ellos, y de qué modo.

Cuántas veces se ha recurrido a la novela como ejemplo de excelencia literaria. Bien, este libro (magníficamente anotado por Inmaculada Lergo y José Miguel González Soriano, en cuyas manos puso al fin los cuadernos originales la nieta de Morla, Beatriz, con quien nunca se saldrá esa deuda) es mucho mejor porque no es una novela, aunque tampoco tiene que envidiar las intrigas de ninguna.

Conviven aquí los líos de cama y la venta de pasaportes a los judíos, la política del Tercer Reich y la «crónica escandalosa» (como la llama Morla de modo tan stendhaliano), los cabarets berlineses y el caviar, la escasez de bastimentos y la más alta vida social, los personajes ejemplares y los villanos...

Vayan como muestra estos fragmentos, entre cientos de parecido o superior interés, pero difícilmente extractables, de un libro tan principal y absorbente para mí como los mejores diarios que se hayan escrito en nuestra lengua.

**Neruda y Alberti.** Neruda. Viene de Chile con actitudes de personaje, después del triunfo del Frente Popular, con la misión «peligrosísima» de seleccionar un millar de refugiados españoles para que vayan a Chile [en el barco *Winnipeg*] (...) Me decido a ir a ver a Rafael Alberti –Rue de Navarre 4– en el Barrio Lati-



## CARLOS MORLA LYNCH DIARIOS DE BERLÍN. 1939-1940

Prólogo de Andrés Trapiello. Edición de Inmaculada Lergo Martín, José Miguel González Soriano Editorial Renacimiento. 816 páginas. 49,90 €

no... [Apenas unas semanas antes había escrito de él: «¡Qué van a querer que termine la guerra! Alberti vive ahora en una casa preciosa, moderna, elegante, con una terraza magnífica. Aparecen Ontañón y Alberti, están gordos»] (...) Son, al fin y al cabo, desterrados, abominados por mucha gente. Dicen que [los Alberti] se han robado toda la platería de la condesa Bertrand de Lys [se refiere a los valiosos códices y libros de horas que desaparecieron del palacio de los Heredia Spínola, donde se instalaron ellos y la Alianza de Intelectuales Antifascistas]. No lo creo (...) Penetro una calle estrecha, atravieso un patio, golpeo en una puerta y me encuentro con una habitación llena de gente: los intelectuales comunistas que han logrado huir a tiempo de España. Tres mujeres que fuman: María Teresa León, Delia del Carril [amante de Neruda] y Ana María, mujer de Pittaluga. Neruda, Alberti, el periodista Corpus Barga, otros muchos... Una ovación saluda mi aparición, ovación sincera, afectuosa. No esperaban mi visita. Alberti pregona la lealtad con que fui a ofrecerle el refugio de la Embajada de Chile, y la forma con que he recogido a todos sus amigos. Bien. El ambiente, bohemio, revolucionario, me seduce. Metidos en un rincón del Barrio Latino de París, unidos, tomando copa con piña, el todo tiene encanto.

### Horror de posguerra.

Noticias de España; las cosas van mal: intransigencias, matanzas, crueldades; las monjas y los curas mandan otra vez. [En Madrid] se come poco y mal. (...) ¡El sacrificio de centenares de miles de vidas para llegar a este resultado! Cosas horribles: de la cárcel de Porlier salió un día un gran camión cubierto por una lona. Chocó con otro camión y el primero volcó. Entonces aparecieron numerosos cadáveres de mujeres ahorcadas en la prisión. El macabro hecho causó gran impresión y fue necesario acuartelar a muchos miembros de Falange que manifestaban su indignación. (...) A Pedrero, aquel bandido, no lo han matado todavía, pero lo apalean concienzudamente para obligarlo a denunciar a sus cómplices. Lo van matando poco a poco, lo que tampoco me parece tolerable.

**El pacto Ribbentrop-Mólotov.** La noticia sensacional de hoy entra a mi cuarto. Rusia y Alemania han concluido un pacto de no agresión y

Ribbentrop se dirige mañana miércoles 23 a Moscú para finiquitarlo (...).

Almuerzo donde Ángel Silvela de la Embajada de España. Bebé le envía empanadas chilenas (...) En el comedor, advertí un retrato del generalísimo Franco y quise verlo, después del almuerzo. Silvela me acompañó. Ni el aspecto ni la fisonomía del Generalísimo me son simpáticos. Por decir algo, di la opinión de que tenía una expresión de hombre resuelto. Ángel Silvela se deja llevar por su entusiasmo hacia el hombre que, hasta ahora, nunca había querido ser el amo de España y, para demostrarme la magnificencia moral de ese prohombre me da el siguiente ejemplo: «Cuando en julio de 1936, al iniciarse la Revolución, desembarcó en Tetuán, le recibió un gran amigo suyo (no recuerdo su nombre). Éste abrió los brazos al ver a Franco, exclamando:

– Pero hombre ¡qué haces, estás loco!

Franco no le dejó terminar, sacó su revólver y lo derribó de dos tiros.

– Lo dejó seco», declara Silvela. Yo me quedo seco también ante tamaña salvajada que este cuenta como un acto sublime. No me extraña que, con estos criterios, estén fusilando a medio mundo.

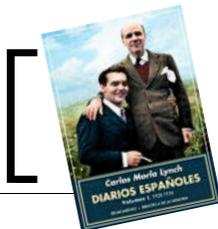
### Gala con Hitler.

La avenida Unter den Linden presenta un soberbio aspecto, con la infinidad de banderas largas, que descienden del último piso de los edificios hasta la calle, alemanas y yugoslavas. Llegamos prontamente

a la Staat Opera. Todo perfecto. Hay infinidad de lacayos con uniformes colorados y calzones cortos sosteniendo fanales que llevan dentro una vela gruesa encendida. Se alinean en dos filas. Llegamos en el momento en que entra madame Göring. Va entrando la gente. Reina el orden más perfecto. Tenemos un palquito de dos asientos para Bebé y yo. Ni una equivocación, ni un percance, ni una dificultad. El teatro –bonito– me recuerda al Municipal de Santiago, con la diferencia de que el nuestro es más grande y que este tiene el enorme «palco real» en el fondo de la sala, frente al proscenio (...) Se produce la entrada al palco real de Hitler de frac, la princesa Olga, fina, delgada, distinguida, con una gran diadema de brillantes y cuatro o cinco collares de piedras enormes y rutilantes, luego el príncipe, Ribbentrop, la señora de Göring, el ministro de Negocios Extranjeros yugoslavos y la ▶



CARLOS MORLA LYNCH (1885-1969). ARCHIVO FAMILIAR



**CARLOS MORLA LYNCH**  
**DIARIOS ESPAÑOLES I. 1928-1936**  
Editorial Renacimiento.  
908 páginas. 29,90 €

► señora de Ribbentrop. La sala entera de pie extiende el brazo y la mano hacia ellos, sin un murmullo, en medio del mayor silencio, para recogerlos en el momento en que los altos personajes toman asiento, lo que produce un gran susurro. Esta manifestación muda, respetuosa, me produce una sensación de cosa impuesta, de dominación absoluta ante la cual todo el mundo se inclina sin discusión.

Inmediatamente se apagan las luces de la enorme lámpara que cuelga en el centro y se abren las cortinas de la escena para dar comienzo al primer acto de los Maestros Cantores de Wagner.

Son las siete y el programa dice que la función terminará después de las doce. Con la media hora que llevamos allí, la fiesta durará, pues, seis horas.

Después del primer acto, salimos del palco a los corredores donde hay instaladas mesas llenas de cosas deliciosas. Unos lacayos impecables sirven champaña a profusión. La embajadora argentina, señora de Labougle, que lleva un pájaro despavorido en la cabeza, nos presenta a varias personas, entre otras, a la señora de Attolico, embajadora de Italia, en extremo interesante, que lleva un traje de tules azules, ceñido hasta más debajo de las caderas y luego amplio, con ramos de flores de trecho en trecho. Lleva un peinado un poco «Emperatriz Eugenia» y rosas cerca de la nuca. Parece una emperatriz, ella también. Amable, encantadora, se interesa por todo lo que ocurre en Madrid, la vida de los asilados...

– *Comme c'est interessant!*

Luego, con voz de confianza, me pregunta sin son los italianos los que han ganado la guerra. La pregunta es muy discreta y en respuesta le digo que yo quiero corresponder a ella: «No; no son los italianos los que han ganado la guerra. Son los españoles». Mientras tanto, el brasileño le ha preguntado a Bebé, más bien dicho, le ha declarado: «que son los alemanes y los italianos los que han hecho toda la campaña. Los españoles no se han batido». Protesta de Bebé.

Este es el resultado inevitable de esa intromisión de los seudo-voluntarios en la Guerra Civil de España.

Pasa el segundo acto de los *Meister singers* primorosamente dado. La unidad de la orquesta es absoluta. (...) El Cuerpo diplomático es invitado al gran salón donde los príncipes son saludados por los embajadores. Han entrado también miembros de la familia real yugoslava, casados con nobles alemanes.

Hitler –grotesco con su nariz de cartón y su bigotín caricaturesco– tiene ojos azules (...) El Führer me parece sencillamente grotesco, y su nariz de cartón y su bigotín caricaturesco a lo Chaplin da la impresión que

fuera de aquellos que se hacen en carnaval, sujetos con un elástico detrás de la cabeza, esto es, postizo.

**Proceso contra Besteiro.** El fiscal declara que no debe juzgarle como hombre privado, sino como jefe de los socialistas que estuvo a la cabeza de ellos durante la guerra y que «por tanto» es responsable de la muerte de millares de vidas inocentes. En vista de ello pide pena de muerte. No puedo describir hasta qué punto llega mi indignación ante tanta monstruosidad, que, al mismo tiempo, merece el calificativo de asquerosa grosería. Un hombre como Besteiro, íntegro, caballero, valiente, que jamás quiso huir de España durante la revolución, que salvó después, a la capital y a sus habitantes enfrentándose a la sublevación comunista; que tampoco quiso, en esta ocasión, fugarse en el avión que le ofrecían y que luego se entregó noblemente a las autoridades nacionalistas... Juzgarlo como

un asesino y pedir la pena de muerte para él es ignominia que no tiene nombre. (...) Los periódicos traen la noticia de que D. Julián Besteiro ha sido, por fin, condenado a 30 años de cárcel. Está detenido en una clínica, donde ha regresado. Leo en *Le Temps* el *compte rendu* del proceso. En todo momento, la actitud de Besteiro es digna, tranquila, simpática. Está bien vestido. En el momento de pedir la pena de muerte para él, el propio acusador no puede disimular la emoción que lo embarga. El coronel Acedo –acusador– ha seguido antaño los cursos de Lógica que profesaba el eminente intelectual que es Besteiro.

Sea como sea y dígame lo que se diga, la actitud de los españoles triunfantes no ha

sido hidalga. Reglamento, fórmula, lo que se quiera, pero el hecho es que se ha hablado de «pena de muerte» y de «culpabilidad de crímenes» para terminar con la condena de 30 años de cárcel. Si el acusador hubiera tenido el valor de «faltar al reglamento» y de no pedir «la pena de muerte», a mi juicio, habría sido una acción de alta conciencia, de valentía y de nobleza. Pero los hombres son cobardes. Todos. (...) El fiscal de Besteiro, avergonzado de emplear la chapuza jurídica con quien fue su profesor en la Universidad.

**Fusilamientos a mansalva.** Según H. W. Göring [a quien Morla se lo acaba de oír], le ha manifestado al generalísimo Franco su protesta por los cuarenta mil fusilados en Madrid: «Así no se puede gobernar». Franco contestó que elevaría la suma de fusilados a cien mil si así lo estima conveniente (...) Los nacionalistas sumergen nuevamente a España en un mar de sangre. Se colocan, pues, a la altura de los rojos, con



MARÍA MANUELA VICUÑA HERBOSO, BEBÉ  
(1892-1961). ARCHIVO FAMILIAR



**CARLOS MORLA LYNCH**  
**DIARIOS ESPAÑOLES II. 1937-1939**  
Editorial Renacimiento.  
940 páginas. 29,90 €

la diferencia de que estos se hallaban ofuscados por una rebelión que tenía por fin arrebatarles el poder, legalmente adquirido, en tanto que estos obran fría-mente sobre la base de su victoria, sin magnanimidad alguna y con un espíritu de venganza que sumirá a la nación en el abismo de los odios recíprocos.

**Enredos en la Embajada de España.** Almuerzo en la Embajada de España. Es a cuatro muchachos falangistas que vienen para fines del establecimiento de una poderosa emisora de radio en Madrid.

Aparecen en su uniforme azul oscuro, son jóvenes alegres simpáticos. Está presente todo el personal de la Embajada, salvo los Barzanallana. Hablamos mucho de nuestra odisea de Madrid, de los asilados; había uno que fue muy amigo de Federico García Lorca. Otro –muy simpático– visitó muchas veces, clandestinamente, a José María Alfaro dentro de la Embajada.

Sol, la monísima nuera del embajador, marqués de Magaz, está montando un drama dentro de la embajada de España. (...) Ya sabemos que Sol Magaz es la más sinvergüenza de las mosquitas muertas... Ya sabemos también que engaña conjuntamente al conde de Rocamora, adicto militar de la Embajada y a Ángel Silvela, secretario de la misma. No es solo el hecho de acostarse con los dos sino de sacarles a cada uno todos los regalos que puede. Se compró la forajida un abrigo de pieles que pagó Angel; pero ella también le sacó el dinero para adquirirlo a Rocamora, de manera que ambos están convencidos que son los «regaladores» de la capa. Entre tanto Sol se ha quedado con ella y con el dinero que ha costado, maravi-

llosa combinación creada por su descomunal vileza. Parece que con esto hubiera bastante. ¡Qué va! No es nada al lado de lo que sigue. Sol es, además de lo dicho, sádica... Le ha propuesto a Beba [Sampognaro, hija del embajador uruguayo] acostarse «con ella» y Ángel a un tiempo. No habrá sitio para Rocamora. Ahora bien, las confidencias que le ha hecho Sol a Beba sobre el conde son como para marearse... Sol cuenta estas cosas y Beba las repite. Hay más todavía... El viejo suegro-embajador está también enamorado de la nuera que, con ademanes de criaturita, se presenta ante él un tanto desvestida, con un pecho fuera. El marqués ve candelillas y se va a ver a una querida que tiene. La chica de Sol, que también promete, lo dice fuerte: «Mi abuelo está enamorado de mamá, basta ver cómo la mira...» Y para terminar Sol se ha acostado con Nini de With y deseaba hacerlo con Eleonora Attolico. Eleonora es también eso, dice Beba. La vamos a dejar en el coche a su Hotel, con Chorpi... Qué pura es la perrita al lado de esa gente. Veo nublado con todo lo que he oído.

**Los Fritzs y los Manolos.** Metido en la multitud como un cualquiera, presencio el desfile [de soldados alemanes y españoles intervinientes en la guerra civil española]... y sufro. ¿Qué es lo que aplauden? A legiones de soldados que han vencido, del lado de un grupo de españoles, a otros españoles. Pienso en tanto chico que he conocido en Madrid, chicos del pueblo –aquí no hay pueblo, todos son físicamente iguales, cortados por las mismas tijeras, erguidos, rubios y con ojos azules– que no han vuelto a aparecer más. Me parecen felices los días que iba a mi barrio predilecto de la Plaza Mayor «a tomar manzanilla» con los lustrabotas, con el Gramola, con el Ojazos, con tanto niño golfo, los Tonis, los Manolos, los Pepes, ¡qué distintos son los Fritzs de aquí! (...) Los alemanes son educados, limpios y le tratan a uno con una cordialidad respetuosa que tiene su encanto. No puedo evitar que me digan, a cada paso, Excellence, y siento algo distinto a lo que me inspiraban los chicos españoles: a estos los quería –hablo del pueblo–, a pesar de que eran maleducados y bruscos. Es otra cosa. Sigo cerca de ellos, de esos milicianos, lustrabotas, estanqueros, novilleros, camareros, etc. Pero cada vez más alejado de esa casta llamada aristocracia donde no se en-



ALBERTI, NERUDA Y BERGAMÍN, EN VALENCIA, EN 1937. BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE



JULIÁN BESTEIRO (CON UN PERRO EN LAS MANOS), EN LA CÁCERL DE CARMONA EN 1940.

cuentra más que un señoritismo fatuo y engreído e inculto, a pesar de sus polainas blancas.

**Alemania invade Holanda y Bélgica.** El día ha sido de gran tensión. Hemos almorzado con Celso y no hemos hablado sino del tema obligado del día: la invasión de Bélgica y Holanda por las tropas alemanas, so pretexto de «protegerlas contra Inglaterra». (...) De allí, nos fuimos a cumplir con un deber de caballerosidad: a visitar a los embajadores de Bélgica, los vizcondes Davignon.

Esta entrevista perdurará en nuestro recuerdo. Fuimos inmediatamente recibidos por el embajador que, deshecho, profundamente emocionado, estrechó nuestras manos. (...) En el conocimiento del atropello que se preparaba contra su país, pasaron toda la noche en angustiosa espera de la desastrosa noticia. A las 6 de la mañana, un telefonazo del 2.º jefe del protocolo, Halem, le comunicó al embajador que el «Reichsminister» Von Ribbentrop tenía algo urgente que comunicarle y que le esperaba en su despacho. ▶



**CARLOS MORLA LYNCH**  
**EN ESPAÑA CON FEDERICO GARCÍA LORCA**  
 Prólogo de Sergio Macías Brevis  
 Editorial Renacimiento. 664 páginas. 33 €

► La hecatombe. A pesar de su repugnancia, indignado, el Excmo. Sr. vizconde Davignon se levantó. Le dejó a él la palabra: –Me trataron como a un perro, dice, «*comme un chien*». Primero, me hicieron esperar media hora; estaba ocupado en darle la misma noticia –la invasión de su país– al ministro de los Países Bajos, Jonkheer van Haersma de With.

Cuando el vizconde Davignon se encontró en presencia de Ribbentrop, este le tendió un pliego lleno de infamias en contra de Bélgica «para que las transmitiera a su gobierno», infamias llamadas inútilmente a justificar la agresión. El vizconde Davignon arrojó sobre la mesa el documento: «él no transmitía a su gobierno ese conjunto de ignominias».

El señor Ribbentrop le aconsejó entonces que le advirtiera a su gobierno la conveniencia de no oponer a las tropas alemanas una resistencia inútil, a lo cual el vizconde le preguntó qué es lo que entendía en ese «honor» tan pregonado del «Reich» –Reichsehre, como dicen ellos–. Al oír estas palabras, Von Ribbentrop se vio dominado por una ira incontenible, lanzándose en una gritería llena de insultos e improprios.

bación en torno suyo. (...) Al iniciarse la guerra, después de la conquista de Polonia, no tenían más que dos adversarios declarados: Inglaterra y Francia. Ahora se han creado el odio y la enemistad definitiva de Noruega, Bélgica, Holanda y la todavía encubierta de Dinamarca, Suecia, Hungría y Rumanía y, sin duda, la de la gran nación americana. (...) Holanda ya ha declarado la guerra a Alemania. Inglaterra ha considerado conveniente ocupar la isla danesa de Islandia para evitar que penetren en ella los alemanes. El derecho internacional ha pasado a la historia.

Regresamos a la Embajada. Afuera, una tarde deliciosa de primavera, llena de arboles, de aromas y tibiezas. He escuchado las noticias en la radio. Bombardeos ya en Holanda y Bélgica. Han penetrado ya en esos territorios tropas inglesas y francesas en su auxilio. Dimisión de Chamberlain en Inglaterra y nombrado jefe del Gobierno Winston Churchill, que es partidario de desencadenar la guerra con mayor violencia. Suiza ha movilizado sus fuerzas.

**En un cabaret berlinés.** Entramos a un cabaret, más bien dicho, son tres cabarets en una misma casa. El nombre del establecimiento es Bobby. Subimos al tercer piso, sumido en una semiiluminación rojiza y tibia. Hay una orquesta-jazz que toca bien. Nos establecemos en una mesa en el fondo y pido algunas carnes frías. No he comido.

Mujeres en otras mesas, mucho menos desvergonzadas –al parecer a las *poules de nuit* francesas, nos dirigen miradas sonrientes, especialmente a Carlitos y solo al último se acerca una. Le habla a él, le dice que no ha comido, pero Carlitos no la entiende y yo tengo buen cuidado de hacerme también el sueco. Pero luego me da pena. Le ofrezco un whisky y otro a una amiga de ella.

Le digo que pidan otro, pero que se queden tomándolo solas porque nos tenemos que ir.

Entonces coloca una mano sobre la mía y me dice «que le dé, más bien, el dinero». Ellas no ganan sino un tanto por ciento de la consumición. Lo dicen todo así, ingenuamente. Me dejo llevar por mi sensibilidad y le digo a Carlitos que le dé diez marcos, lo que debe ser, en este caso, una suma fabulosa. Su gratitud es infinita. Carlitos después me saca el juicio; le he dado más de 150 francos al cambio oficial del Reich, porque me dio pena, lo que es ridículo, no habiendo quedado con ella.

**En el cine con Alfonso XIII.** Tenemos que salir deprisa. Estamos invitados por Edgar Neville para ver pasar su película –*Frente de Madrid*– en la que es protagonista su «amor», Conchita [Montes]. Asistirá el exrey Alfonso. La Cinecittá se encuentra un poco fuera de Roma y tardamos en llegar. Vemos los acueductos romanos cuyas ruinas subsisten. Hemos llegado. Aspecto de lo que es Cinecittá. En la sala de teatro casi vacía está sentado ya S. M. el Rey, la reina Victoria

'FRENTE DE MADRID', PRIMERA



PELÍCULA DE EDGAR NEVILLE.  
 FILMOTECA ESPAÑOLA



«Su pueblo, vociferaba, será aniquilado, su país destruido y luego iborrado del mapa!».

Ante esa actitud insólita, el embajador no se dejó intimidar –a él no le amedrentaban las actitudes violentas ni las griterías–: la monstruosidad que hoy cometía la *regierung* del Reich le traería la misma desventura del año 14, ya lo vería él. (...)

Ahora anoto mis consideraciones personales, exentas de toda pasión. Siempre he considerado como inevitable esa violación de los territorios de Holanda y Bélgica que eran como un baluarte entre Inglaterra y Alemania. Esta guerra es una lucha a muerte y el vencido será aniquilado por el vencedor.

(...) Nos vamos a la recepción de Italia. La enorme cantidad de gente invitada entra y sale, después de dar una vuelta por los salones donde plana –como lo dábamos por descontado– una atmósfera taciturna, sombría, de sorda indignación y pesadumbre. (...) Todo el Cuerpo diplomático está presente y de cada miembro de este brota la misma sensación. Esta vez el Führer ha desencadenado la casi unánime repro-



**CARLOS MORLA LYNCH**  
**INFORMES DIPLOMÁTICOS Y DIARIOS DE LA GUERRA CIVIL**  
Prólogo de Andrés Trapiello  
Editorial Renacimiento. 624 páginas. 24 €

Eugenia y la infanta Cristina. Bebé los saluda, retribuyen amablemente.

- Tantos años -dice el Rey- pero no ha cambiado Vd. nada.

Y el film empieza inmediatamente. Sentada a mi lado, Conchita, la protagonista, que se revela como una actriz de la más alta escuela, sincera en su actuación, llegando al summum de lo emotivo, sin resbalar jamás la línea de la distinción y de la sensibilidad más exquisita. Hay que agregar juventud y una belleza sutil, llena de gracia. Sin duda que Edgar ha presentado lo que allí había de hondo y esplendoroso. Es una estrella.

Se trata de la Revolución de España -en el frente de Madrid- que hemos vivido tan intensamente. El frente nacionalista y el subterráneo que lo une secretamente en la capital invicta. La «quinta columna» opera, fascistas disfrazados de rojos, traidores, asesinos, asaltos de edificios, fusilamientos, y luego trincheras, ruinas, bombardeos. En su horror menos horrible aún que la realidad que hemos vivido.

En la sala, en que no se encuentra más que la familia real de España y nosotros, impera una impresión profunda. El romance de amor que suavemente se hilvana entre las escenas de crueldad es tierno y humano. La que está sirviendo la causa en Madrid y el enamorado en las trincheras. ¡iiiPensar que todo esto lo vemos con los reyes de España, Alfonso XIII y doña Victoria!!!

Todo el film está concebido con altura, sin provocar mayores odios.

El final -el encuentro del muchacho rojo y del soldado nacionalista heridos de muerte- es de una emoción tanto más honda cuanto que es la verdad: el pueblo español no es más que uno.

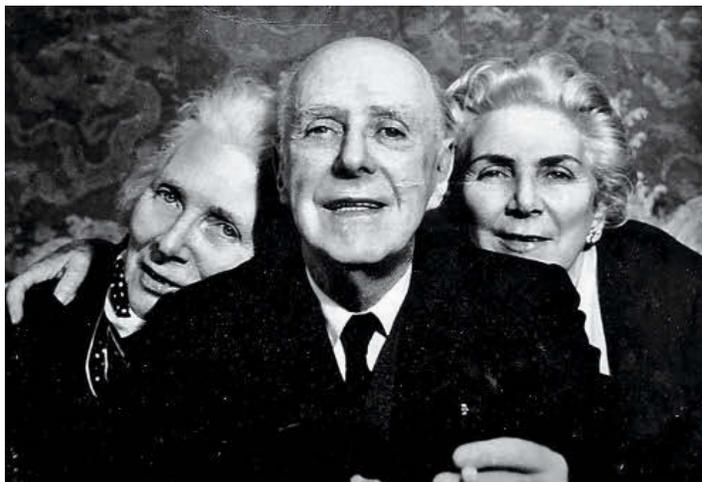
Terminada la exhibición, con lágrimas en los ojos todavía, saludo al rey Alfonso XIII, a la reina y a la infanta Cristina. El Rey ha envejecido, está algo canoso, pero más gordo; es una vejez lógica por la fuerza de los años, no por la obra del dolor. (...) Va y viene. Se acerca a mí. Permanezco descubierto en su presencia. Hay que ser caballero; pero noto que solo lo hace su mayordomo, el marqués Emilio de las Torres, no así José Antonio Giménez-Arnau. Si lo hiciera, sería como reconocerlo «rey» y él es consejero de Falange. (...)

Nos vamos lentamente al hotel y empieza a envolvernos la tristeza infinita de la partida de mañana temprano -en hidroavión a Madrid- de mi chiquillo y de Paquito. Carlitos tiene que terminar sus estudios de medicina en Madrid. Es inevitable. No hacerlo tampoco sería felicidad. No puedo desertar de mi puesto en Berlín.

**Un año de la victoria.** Me he quedado hasta cerca de las 3 de la mañana escuchando la emisión entretenidísima de la Radio Nacional de España en el primer aniversario de la victoria franquista (1.º de abril 1939-1.º de abril 1940). Primero, con voz estentórea,

se da el último parte de guerra dado en esta fecha, hace un año por el Generalísimo, cuyo final dice: «Ha terminado la guerra». Luego «asisto» a la gran función de gala que tiene lugar en el Teatro Español con asistencia del Caudillo. El *speaker* -que dice muchas tonterías- da cuenta de todos los detalles. La sala presenta un soberbio aspecto; las damas están elegantísimas, se ven muchos uniformes. Estamos como en los buenos tiempos, se acabó la mugre, dice.

En el vestíbulo está formada la guardia mora de Su Excelencia, pero este no llega nunca. Estamos en España. Ni disciplina, ni puntualidad. La función empieza después de las 12 y media. En Berlín la ópera termina a las 10 o 10 y media. El pobre hombre que está en el micrófono no sabe cómo emplear el tiempo: describe la asistencia, cita nombres -el ministro sin cartera Sr. Sánchez Mazas, el señor consejero José María Alfaro (asilado de Chile), el general Gómez Jordana, que no me recibió, el Sr. Serrano Suñer, que todos aborrecen, el Cuerpo diplomático- y, luego, grandes recuerdos de los horrores de la guerra, de los sacrificios, de los actos de heroísmo, sin mencio-



CARLOS MORLA JUNTO A SUS HERMANAS CARMEN (IZQUIERDA) Y XIMENA (DERECHA). ARCHIVO FAMILIAR

nar para nada la generosa obra de las embajadas.

Por fin: ¡atención, atención! Llega el Caudillo. Ovación y Marcha Real.

Se inicia el programa, muy español; las orquestas filarmónica y sinfónica de Madrid, obras de Falla, de Turina, de Albéniz, de Granados, etc. Pero ¡qué mal tocan, Dios mío! Al último, las dos orquestas se unen -son más de cien representantes y diríase que son quince-. ¡Qué diferencia en lo que nos es dable oír aquí! El público mal educado aplaude a destiempo, sin entusiasmo.

Durante el entreacto, nos vuelven a hablar del Caudillo, de Franco, Franco, Franco, en forma que frisa ya lo ridículo. Después de la función, a las 2 y media, charla taurina. La corrida de la Beneficencia. Y Bebé durmiendo sin preocuparse lo más mínimo de lo que ocurre en Madrid.

Hemos recibido hoy telegramas y carta de Carlitos. Los 14 asilados siguen metidos dentro de la Embajada. Han cumplido un año de encierro. **L**